

GABRIEL MIRÓ.- FIGURAS DE LA PASION DEL SEÑOR

Introducción.

El alicantino **Gabriel Miró** (1879-1930) ocupa un puesto muy particular en las letras españolas del primer tercio del siglo XX. Su obra presenta vinculaciones con la prosa modernista y algún contacto con los escritores del "98" (especialmente Azorín); su búsqueda de la perfección formal hace que se le incluya entre los autores llamados "novecentistas" (Ortega, D'Ors, Pérez de Ayala...); pero su peculiaridad es difícil de encasillar.

Autor de novelas, de relatos breves, de libros de prosa varia, Miró destaca ante todo por su asombrosa capacidad de **captar sensaciones**. De ahí el **predominio de lo descriptivo** en su obra. Nos hallamos ante una sensibilidad exacerbada en todos sus sentidos: **luz y color, aromas, sonidos, sabores, impresiones táctiles** llenan sus páginas con una riqueza pocas veces igualada.

Se le ha llamado 'gran poeta en prosa', y a ello contribuye su dominio del lenguaje, cuajado de imágenes vivas, de emoción y, en definitiva, de belleza. En su libro *Figuras de la Pasión del Señor* (1917) evoca a los personajes del drama evangélico, en medio de un paisaje que bien pudiera ser el de Palestina, pero que refleja exactamente las tierras y pueblos alicantinos que Gabriel Miró ha plasmado en toda su obra. Así puede verse en el fragmento que presentamos. Se sitúa en un capítulo dedicado a la fiesta de la Pascua; una procesión recorre las calles de Nazareth y sale luego a los campos, lo cual da motivo al autor para ofrecernos la descripción siguiente.

Texto.

En una revuelta del camino surge todo Nazareth, crudo, recortado; sus casas desnudas, cuadradas, encendidas; los domos de las azoteas y de los aljibes, como pechos alzados al azul. Nazareth se hinca arrebatándose por los pliegues de la peña blanca. En seguida reposa al amor de un coro de colinas verdes. Delante se tienden las eras; bajan los bancales de márgenes de pedernal y zarzas.

Entre las vides y sembradura, en los terrenos de las almantas, en los claros de los algarrobos y de los almendros, crecen apretadamente, reventando de sucoso color, los gamones de oro, los iris morados, las escabiosas de matiz de fresa, los ranúnculos de púrpura...

Se hincha un ribazo; azulea la calina de un rastrojo; sube una senda, una palma, la bóveda de un sepulcro. Y Nazareth, blanco, vivo, luminoso, asomándose, escondiéndose en un tumulto de tierras frescas, grises, violetas, encarnadas...

Apoyo léxico:

domos: cúpulas.

aljibes: cisternas; "en este caso, se trata de las típicas construcciones que resguardan un depósito subterráneo de agua.

almantas: franjas de-tierra entre las filas de olivos.

sucoso: jugoso (del catalán suc, jugo).

gamones: plantas herbáceas con tallo alto.

iris: lirio silvestre.

escabrosas, ranúnculos: otras plantas herbáceas.

calina: vapores de agua que enturbian el aire en los días calurosos.

Contenido y estructura.

Teniendo en cuenta que esta descripción se inserta , en un relato de la fiesta de la Pascua debemos preguntarnos qué rasgos dominan en el paisaje. Ante todo, se observa como un **amontonamiento de detalles concretos**: *casas, montes, campos, sembrados, plantas*. Junto a esa riqueza, nos invade una **impresión de movimiento**, de vida; todo parece bullir ante nuestros ojos. El texto nos descubre una verdadera avidez en la mirada del autor, como si toda la realidad fuera una fiesta.

En su desarrollo, el fragmento revela un "punto de vista" cambiante. Es decir, que el espectador (autor y lector) parece desplazarse, siguiendo el camino de la "caravana pascual" que avanza por entre los campos. En ese caminar, se vuelven los ojos atrás (*el pueblo entre las colinas*), se pasea la mirada por los sembrados (*eras, bancales, vides*, etc.), se mira de nuevo hacia el pueblo... Tal disposición es, en buena parte, lo que produce la impresión de movimiento a la que nos acabamos de referir.

Análisis del texto (Expresión y contenido).

Conviene que partamos de la idea expresada: vamos marchando con el cortejo pascual. Y así, de pronto, *en una revuelta del camino surge todo Nazareth...* El pueblo, oculto unos momentos antes por algún pliegue del terreno, aparece como por sorpresa: nótese el valor dinámico del verbo (*surge*) y el adjetivo *todo* que refuerza lo súbito de la visión. Es, además, una visión de extraordinaria nitidez: los adjetivos *crudo* y *recortado* denotan un sol intenso que envuelve al pueblo, destacando su perfil sobre el cielo. Las mismas ideas se precisan en las palabras siguientes: *sus casas desnudas, cuadradas, encendidas*; es decir, la austeridad, lo neto de las formas, la misma luz violenta que lo "*enciende*" todo. La orgía de sensaciones ha comenzado por esa luminosidad que modela los volúmenes, como diría un pintor.

Junto a las casas, *los domos de las azoteas y de los aljibes*, formas que caracterizan a cualquier pueblo palestino... o alicantino, y que sugieren al autor una **comparación** con formas humanas (como pechos). No pasemos por alto una sensación de color: **el azul del cielo**, combinándose con el blanco cegador de las casas.

Nazareth se hinca arrebatándose... Tras las notas sensoriales, esta nueva frase introduce los rasgos de movimiento, de acción animada. El pueblo parece dotado de fuerza, gracias al verbo *se hinca*; el gerundio *arrebatándose* (llenándose de arrebatos) añade vehemencia. Parece como si el pueblo fuera un **gigantesco animal** que se agarra a los pliegues de la peña blanca y que, más adelante, reposa -otro verbo que indica acción- al amor de unas colinas verdes. Gabriel Miró ha querido pintar la situación del pueblo, en parte asentado en un risco, en parte sobre unas lomas, pero la descripción destaca por su **dinamismo**. También es de notar el **contraste de color** entre la peña blanca (como calcinada) y las colinas verdes (suavidad, delicia), contraste que corresponde a la diferencia entre los verbos (*se hinca/reposa*). La expresión al amor de un coro de colinas realza la nota de dulzura, frente a la aspereza.

El mismo dinamismo aparece en el paisaje inmediato a Nazareth: las eras se tienden, los bancales bajan. La aspereza vuelve a aparecer en los sustantivos pedernal y zarzas. Todo son detalles "vistos" y recogidos por la impetuosa, por la estremecida mirada del autor.

En el segundo párrafo, las realidades concretas se agolpan con una densidad excepcional. La oración -única y amplia- comienza por unos complementos que constituyen como una panorámica: *entre..., en..., en...* Un panorama muy mediterráneo de vides, de olivos, de algarrobos, de almendros. Entre ellos, los matojos crecen apretadamente: una naturaleza exuberante. El enfoque sensorial del autor aparece rotundo en el inciso reventando de sucoso color: al expresivo gerundio sigue una sinestesia que apunta, a un tiempo, hacia nuestros sentidos del gusto (el catalanismo sucoso, 'jugoso') y de la vista (color).

Todo parece indicar el esplendor, el "reventar" de la primavera. Así, la sucesión de sustantivos -*gamones, iris, escabiosas, ranúnculos*-, palabras precisas que, entre otras cosas,

descubren un profundo conocimiento de la naturaleza, presidido sin duda por el amor a la tierra. Y luego, los complementos de los sustantivos, que desarrollan ese "sucoso color" en diversos matices de la gama cálida: oro, morados, fresa, púrpura.

La avidez de mirar va en aumento cuando entramos en el tercer párrafo. De nuevo las formas verbales van a cargarse de vigorosa movilidad: se hincha un ribazo, azulea la calina de un rastrojo (en la segunda oración se mezcla la atención al colorido). Sube una senda, una palma, la bóveda de un sepulcro: en un impulso ascensional coinciden nuevos elementos del paisaje. Se observará que, en las tres frases, el verbo va a la cabeza, reforzando así la impresión dinámica.

Llegamos, por fin, a una especie de apoteosis en la visión del paisaje. La frase final se carga de especial vehemencia: es una frase nerviosa, entrecortada, vibrante; una frase sin verbo en forma personal; dos gerundios (asomándose, escondiéndose) se encargan de proporcionar -una vez más - aquella movilidad que depende de los repliegues del terreno tras los cuales se oculta o se descubre el pueblo para quienes avanzan con el cortejo pascual.

Pero, además, si los dos elementos que animan todo el texto son -como vamos viendo- esas notas de movimiento y las pinceladas sensoriales, ambas cosas se concentran en la frase que ahora comentamos. Así, antes de los gerundios, se intercalan tres adjetivos (blanco, vivo, luminoso) que reiteran la luminosidad, presente ya en el primer párrafo, y esa idea de "vida" que fue sin duda nuestra primera impresión. Y después, seguimos con lo mismo: un tumulto de tierras... Es una metáfora indicadora de abundancia, de riqueza, con connotaciones de agitación, de bullicio. El adjetivo frescas nos hace ver tierras fecundas y gratas. Y se remata el texto con una nueva serie de adjetivos de color, en creciente viveza de tonalidad: grises, violetas, encarnadas... La serie queda abierta, inacabada, como si el autor no quisiera -o no pudiera- agotar la riqueza del paisaje.

Conclusión.

Como habrá podido verse, el fragmento comentado confirma ampliamente lo que al principio decíamos sobre el temperamento y el arte de Gabriel Miró. Un temperamento apasionado y voluptuoso, con todos los sentidos alerta ante el mundo exterior. Un arte vivo y jugoso; un lenguaje muy elaborado, tan capaz de recoger un tropel de cosas concretas, de sensaciones intensas, como de hacerlas vibrar con un lirismo denso. Todo ello se resume en esa impresión de vitalidad que recorre cada línea del texto.